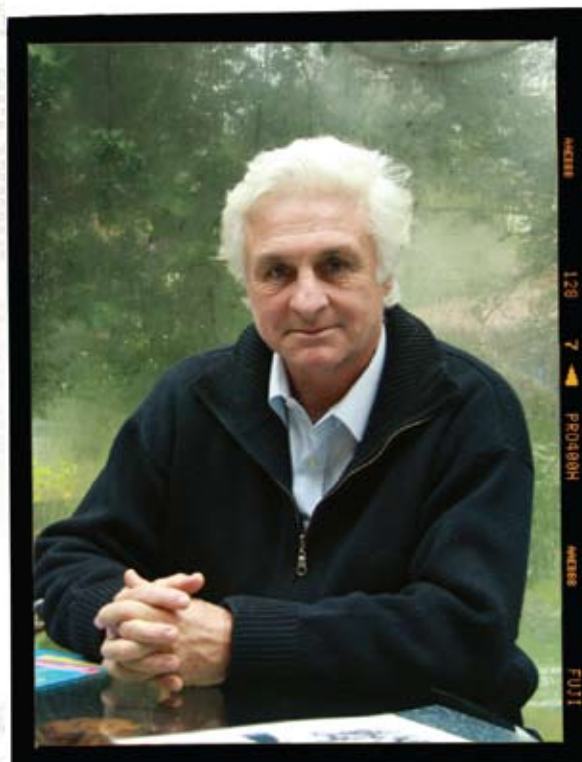




ROBERTO CANESSA: UN HOMBRE DE ALTURA

A 37 años del accidente de avión en los Andes, Roberto Canessa, sobreviviente y protagonista en el rescate, recibió a Tigris en su casa de Montevideo. Bien plantado en la realidad, pero con el alma en la montaña, habló de las luchas, la imperfección, el dolor, la alegría de vivir, Dios, la educación de sus hijos y la sociedad.



TEXTO: MARÍA MULLEN

FOTOS: MARÍA MULLEN Y GENTILEZA ROBERTO CANESSA



Trece de octubre de 1972. El avión luchaba furioso por recuperar altura. Pánico, llanto, desesperada oración. Los picos de los Andes, a metros de la ventanilla. El violento terremoto de aire golpeaba más y más y más... hasta que sonó el estruendo y la nave se partió. Como una bala, la cabeza del avión cayó sobre la nieve y comenzó una carrera en picada deslizándose por un valle a gran velocidad. En milésimas de segundos, toda la vida se hizo bombardeo de imágenes, recuerdos, familia, infancia. Y, de pronto, el fin. Toda la fuerza se abalanzó hacia adelante. Trece pasajeros murieron en el acto. Ya nadie gritaba, nadie lloraba. Era el silencio más absoluto en el medio de la nada, a 3500 m sobre el nivel del mar.

El avión yacía como un águila muerta, sin sus alas, sin su cola y con el pico arrugado. Eran cuarenta y cinco los pasajeros uruguayos que lo habían abordado queriendo llegar a Chile. La mayoría eran jóvenes que debían jugar un partido de rugby, pero en vez de eso, se enfrentaron al partido de sus vidas. Luchar contra la muerte. Superar un calvario de hielo.

De a poco, en medio del silencio inmediato al accidente, una mano invisible fue despertando a cada uno de los que todavía respiraban. **Roberto Canessa** estaba entre éstos. Con apenas 19 años, y cursando segundo de Medicina, la tragedia lo bautizó como el médico del avión, junto a Gustavo Zerbino. Roberto era un joven con voluntad de hierro, temperamento fuerte, gran creatividad para solucionar problemas y un corazón comprometido. Arraigado a sus convicciones, aún hoy, 37 años más tarde, conserva la fuerza de una topadora.

Cuando el mundo abandonó la búsqueda del avión a pocos días del accidente, Roberto fue uno de los primeros en hablar de comer carne humana para sobrevivir. Debieron alimentarse de los cuerpos de sus amigos muertos. El grupo también fue víctima de un alud, que mató a ocho personas. Finalmente, cuando ya no quedaba otra alternativa que la de conseguir el rescate por ellos mismos, Roberto, junto a Nando Parrado, participó de la travesía final de ocho días por la cordillera, sin equipos, escalando en jeans y pulóver, alimentándose de carne cruda, bebiendo nieve y pasando las noches en bolsas de dormir armadas con material aislante que encontraron en la cola del avión. Finalmente, Sergio Catalán, un arriero chileno, los vio. Dos días después, rescataron al resto. Dieciséis sobrevivientes volvieron a sus casas para la Navidad. En total, estuvieron 72 días atrapados en los Andes. La noticia recorrió el mundo. Al principio con euforia, luego con polémica, finalmente con admiración. La popularidad de Roberto llegó a fronteras inimaginables.

Conversaciones de fuselaje

Es una mañana de lluvia imparable y frío invernal. Tras cruzar a los saltos los charcos del jardín, Roberto da la bienvenida a su casa, su cálido refugio. Su hija Lala saluda desde la cocina mientras habla por teléfono con su hermano Tino, estudiante de Medicina. El contexto es muy particular: no sólo es el cumpleaños de la esposa de Roberto, Laura Surraco (quien era su novia en la época del accidente), sino que su padre, Juan Carlos Canessa, ha sido enterrado el día anterior.

Roberto ofrece asiento e inicia la conversación, mientras termina de explicar a su hermano cómo arreglar un caño roto. Pone leña al fuego y, como buen uruguayo, prepara un mate. La gente se va, el frío y la lluvia empañan los vidrios, la casa queda algo en penumbras. Roberto habla tranquilo, con la voz más bien baja, como en susurro. Todo el ambiente parece evocar las conversaciones en el fuselaje. Al mirar sus ojos impresiona imaginar todo lo que tuvieron que ver.

Imperfectos

"Me asumo como un ser imperfecto. Súperman es vanidad", dice Canessa. Antes que nada, quiere hablar de eso. Romper mitos, falsas ideas de heroísmo. No menciona que fue dos veces Premio Nacional de Medicina en Uruguay, que lo reconocen en todo el país o que ha salvado a numerosos niños del hospital público, cuyas familias le siguen agradeciendo.

"Con la historia de los Andes, el mito va a todo galope –continúa–. Yo acepto que usen el mito si le sirve a la gente. Pero, con los años, el mito empieza a ser más grande que lo que uno era. Yo soy muy autocrítico. Hay que mirarse al espejo y decirse 'no te las creas nunca'".

Su esposa escucha de pasada y agrega lo suyo: "¡A Roberto siempre lo aterrizamos en casa! Cuando se le suben los humos y comienza a hablar mucho, sus hijos lo callan". Roberto se ríe.

"Cuando parece que todo te encierra y que no hay salida, como en el medio de la cordillera, una puerta siempre se abre. No lo olvides".

¿Dios, el culpable?

Uno de los grandes conflictos internos del hombre, frente a una situación de tragedia, es la necesidad de encontrar un culpable. Enloquecerse pensando qué hubiera pasado si tal o cual cosa. O hundirse preguntándose: ¿por qué tuvo que pasarme esto a mí?, ¿por qué Dios pudo permitir semejante catástrofe? En estas encrucijadas la fe tambalea fácilmente. Sin embargo, cuando Roberto habla del accidente, no comparte esas ideas. "En la montaña era la naturaleza la que nos había despojado de todo. No es como cuando te agreden o te raptan, que podés focalizar todo tu odio en alguien. Allá era el Hombre y la Naturaleza. Quizás podríamos haber culpado a los pilotos, pero en esos momentos de tanta crisis no personalizás. ¡El piloto también era el que nos podía salvar! ¿Si culpé a Dios? No. Y no por un tema de fe. Era el temor a Dios, el temor al destino. Cuando la naturaleza te somete, necesitás a Dios. Cuando el hombre oye un trueno, se asusta y llama a Dios. Eso sí, es un Dios muy diferente al de esta sociedad de plenitud en la que vivimos".

En los Andes, todas las noches se rezaba el Rosario, y aunque algunos no siempre querían hacerlo, después terminaban rezándolo. "Cuando estaba atrapado en la cordillera, entendía que sólo me podría salvar porque Dios, creador de todo, era mi amigo –cuenta Roberto con cierta nostalgia–. Es muy difícil explicar eso que sentía, porque ahora ya no lo siento... Es como querer sentir otra vez el momento en que estabas enamorado. Son etapas diferentes. Yo veía la montaña y decía: 'Pucha, ¡soy amigo del creador de todo esto!, ¡qué amigo tan poderoso tengo, qué suerte de tener este amigo que es capaz de sacarme de acá!'".

El hombre, un ser que se adapta

Si hay algo que se desprende del libro *La Sociedad de la Nieve*, de Pablo Vierci, es la capacidad de adaptación del hombre, incluso a situaciones extremas que jamás hubiera imaginado, como la de tener que vivir en un fuselaje, durmiendo a -30° C, sin abrigo ni ropa de montaña, alimentándose de cuerpos humanos y pretendiendo escapar de allí por los propios medios, escalando montañas sin equipo ni experiencia.

"Al principio no querés largar lo que tuviste –dice Canessa–. Como las personas que quedan parálíticas, lo primero que intentan a toda costa es volver a lo de antes, caminar. Pero tal es el esfuerzo que hacen, que luego se adaptan, se acostumbran a vivir en la silla de ruedas, aprenden a seguir adelante y empiezan a ver la vida desde una perspectiva distinta. Esa capacidad del hombre de reciclarse es lo que muestra *La Sociedad de la Nieve*".

A pesar de su garra, Roberto confiesa que la tentación de morir siempre daba vueltas. "Morir era muy fácil, era tentador porque la realidad era terrible. En el alud yo veía a los que habían fallecido y decía 'qué bueno que no van a sufrir más. Es imposible salir de acá y yo lo único que voy a hacer es prolongar mi agonía'". Sin embargo, él lo dice: "Soy un apasionado de vivir, eso me mantenía en pie".

Sus palabras traen a la memoria los consejos que Roberto da a su hija desde los Andes, en el documental llamado *Atrapados, vengo de un avión caído en las montañas*, de Gonzalo Arijón (a estrenarse próximamente en la Argentina). "Cuando subís una montaña que te costó muchísimo y te encontrás con otra, seguí adelante –susurra Roberto–. Aunque para subir unos metros tengas que pasarte horas haciendo pequeños pasos, aunque creas que no avanzás y que tu esfuerzo es en vano, seguí adelante. Cuando estés arriba, vas a ver que sí valió la pena. Cuando parece que todo te encierra y que no hay salida, como en el medio de la cordillera, una puerta siempre se abre. No lo olvides".

Después de tantos años, ante la pregunta sobre el sentido del dolor, Roberto tarda en responder. "Te purifica –concluye–. Te hace crecer espiritualmente. Es un precio muy caro, pero es una realidad, te hace crecer".

A buscar el helicóptero

"Lo que pasó en los Andes tiene mucho en común con la experiencia de sentirte marginado, discapacitado –reflexiona Canessa–. Nos habían dado por muertos, y eso es el grado máximo de marginalidad. Pero la mayoría estaba en la plenitud de las condiciones

"Ésa es una lección de vida: si querés ser rescatado, no esperes sentado, salí a buscar tu helicóptero".

físicas. El que no podía caminar, se arrastraba; con toda la humillación que implicaba, pero era mejor que quedarse sentado dando lástima. Todos teníamos la obligación moral de luchar por nosotros mismos. Quizás ése fue el máximo orgullo: haber ido a buscar a los helicópteros y no esperar a que ellos vinieran. Ésa es una lección de vida: si querés ser rescatado, no esperes sentado, salí a buscar tu helicóptero".

La gestación del líder

En momentos críticos, todo grupo necesita un líder. En los Andes, Marcelo Pérez, el capitán del equipo de rugby, había asumido ese rol, pero a los pocos días murió en el alud. De a poco, Roberto, a pesar de ser testarudo y de temperamento fuerte, se fue gestando como tal. "La primera tendencia en un momento trágico es el egoísmo y el cuidarse a sí mismo –explica Roberto–. Heroísmo es ayudar a los demás: eso puede ser en detrimento tuyo, o bien, en beneficio tuyo y de los demás. Poder hacer algo por el otro, hace bien".

Roberto recuerda bien una vez en la montaña, cuando Arturo Nogueira, otro sobreviviente, le confesó: "¡Qué suerte tenés de poder ayudar a los demás, no sabés qué horrible es depender de que vos salgás caminando para que nos salvemos todos!". Eso lo conmovió.

"De repente, te transformás en un personaje mucho más glorioso del que eras –sigue Canessa–. Sos un portador de sueños e ilusiones. Algunos no soportan esa presión; yo soy capaz de entrar en esa personalidad, pero siempre aceptando que puedo fracasar. Iba a ayudar hasta donde quisiera y pudiera. Si me decían que era un egoísta, no me interesaba. No soy mesiánico. Lo mismo cuando intento salvar a un paciente. La última etapa siempre se la voy a dar a Dios".

Valorando lo esencial

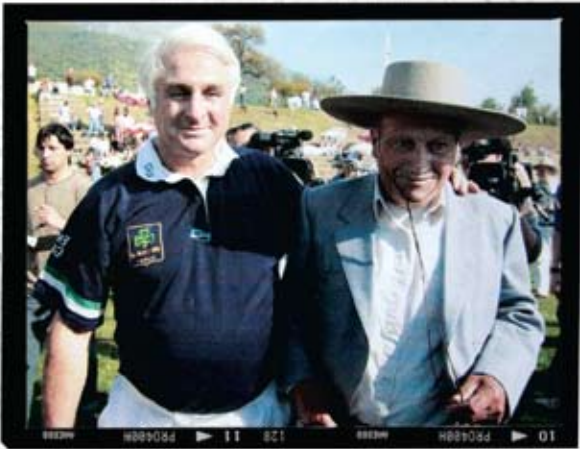
De regreso a casa, todos los sobrevivientes atravesaron una dura etapa de readaptación. Les molestaba la gente, el materialismo, la frivolidad. Cada uno, a su tiempo, fue encontrando el nuevo equilibrio.

A Roberto le costó mucho terminar su carrera de Medicina, pero logró convertirse en cardiólogo, como su padre. "Me especialicé en los más pequeños –cuenta–, en los que tienen la vida por delante, eso me gustó más".

Disfruta todas las mañanas en su casa, a veces juega al tenis, sale a trotar y le gusta arreglar cosas. "Para compensar la presión de mi trabajo, donde no puedo equivocarme, cada día paso un tiempo en mi taller, arreglo una bomba de agua, un compresor, cosas sencillas con

Casi 30 Jóvenes Deportistas Integran el Grupo Perdido





Roberto Canessa y Sergio Catalán en el 30° aniversario del accidente en Chile.

las que me puedo equivocar y arrancar de vuelta. Es como la cerveza después del partido. Me gustan las cosas muy simples y las cosas muy complejas: no lo del medio. O los grandes desafíos, como un implante cardíaco, o arreglar una lámpara. Mi esquema de vida es claro: ocho horas de sueño, ocho de trabajo y ocho de crecimiento personal”.

Una de sus grandes satisfacciones es curar a un paciente. “Me parece que allí le estoy devolviendo a la sociedad la parábola de los talentos. Tengo que usar mucho mi inteligencia, consultar a mis colegas en otros países, usar bien la tecnología... Pongo todo en juego”. Es un gran defensor del almuerzo en casa, en familia. “¿Ves esa mesa preparada? –pregunta–. Soy multimillonario de poder hacer eso. Hay mucha gente que tiene mucho más que yo y no se le ocurre”. Roberto repite varias veces “¡Hay que aprender a vivir! ¡Mirá que no es fácil! ¡Gente que tiene mucho vive muy vacía!”.

El sentido del humor es clave para Canessa: “Me gusta hacer del trabajo un juego. Charlar, jorobar, sacarle dramatismo a las tragedias, reírse de uno mismo. Agrandar las cosas buenas, festejar los logros y minimizar los fracasos”.

La sociedad fuera de la nieve

“¿Qué le criticaría a la sociedad?”. Roberto piensa unos segundos. “Las personas se han olvidado de ese poema que dice ‘si pudiera vivir la vida de vuelta (...), andaría más descalzo, me equivocaría más, intentaría no ser tan perfecto’ –responde–. Esta sociedad busca la satisfacción sin habérsela ganado. Pretende vacaciones sin ir a la escuela. Critico esa frase de los padres ‘quiero que mi chico sea feliz’, pensando que la felicidad significa darle todo, cuando en el fondo no le están dando nada. Le critico las generalizaciones. El que la gente

pase el día quejándose. Yo noto que con las conferencias de los Andes los chicos entran pobres y salen ricos”. Y agrega: “A mis hijos siempre procuré enseñarles que buscaran ser respetados por su personalidad. Que los valoren por sus cabezas y sus corazones. Que se destaquen. Que no sean dependientes de lo material. El crecimiento del espíritu en los seres humanos es de las cosas más luminosas, y lo más difícil de lograr”.

Para rematar, destaca con fuerza una lección: “El ejemplo no es una buena manera de enseñar, es la única”.

¿Y si el avión se te cae mañana?

“¡Estamos en la tierra para pasarla bien!”, exclama Canessa. Por momentos parece que jamás ha sufrido el accidente. Más de uno podría preguntarse cómo puede decir eso con tanta certeza, luego de haber pasado momentos tan terribles. Pero a Canessa le importa destacarlo varias veces: “¡La vida está para disfrutarla! La gente podría ser mucho más feliz, pero a veces corre tras objetivos que no le van a dar felicidad. Hasta que un día se le cae el avión y se pregunta: ¿por qué no hice esto o aquello? ¡El avión se te puede caer mañana! Si tenés cosas pendientes, mejor hacerlas hoy, ¿no? No tanto trabajar y trabajar para hacerlo después. Hay que evitar poner el trabajo como un fin en sí mismo. Es importante hacer lo que realmente te gusta”.

Cada uno tiene su cordillera

¿Por qué la tragedia de los Andes sigue conmoviendo a tantas personas? “Más que por lo que nos pasó a nosotros, creo que por los dolores que la gente lleva adentro –responde Canessa–, cada uno tiene su cordillera. También creo que para algunos es un consuelo...”.

Ya han pasado más de dos horas de diálogo. La lluvia y el frío siguen allí afuera. La madre de Roberto, su suegra y su mujer se han unido al fogón. Roberto se levanta a buscar carpetas de fotos y archivos documentales y se dispone a mostrar el “Rancho Aparte”, un espacio de la casa construido especialmente para las reuniones de los sobrevivientes, con una amplia chimenea.

Gente que va y que viene por el living de la casa. La madre de Canessa, sentadita en su lugar, en delicado estado de salud, mira todo con una sonrisa tímida. Su mente viaja. Como en secreto, de pronto se apunta al corazón y dice bajito: “Yo siempre lo supe, siempre supe que estaba vivo...” ○

RECOMENDADOS

Sitio web oficial de los sobrevivientes: www.viven.com.uy

Nuevo libro: *La Sociedad de la Nieve*, de Pablo Vierci

Documental: *Atrapados: vengo de un avión que cayó en las montañas*, de Gonzalo Arijón | www.strandedthefilm.com